

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

Jueves 16 de julio de 1857.

EN PROVINCIAS.

AÑO III.—NUM. 781.

EDICION DE LA MAÑANA.

MADRID 16 DE JULIO.

Cumpliendo con la ley, estampamos al pie de los artículos la firma de sus autores. Debemos, sin embargo, hacer constar que todos nuestros escritos son únicamente el resultado de la redacción y no de personas particulares, como se ha pretendido en algunas ocasiones.

Parques de suscripción. Ocho rs. al mes, llevado a domicilio, y 24 por tres meses. Puntos de venta en las librerías de: Calle de la Victoria, y López, calle del Carmen.

Cumplimos con un deber de conciencia dando las gracias a nuestros amigos y correligionarios de la provincia de Santander por los sentimientos de adhesión que nos han manifestado con motivo de la actitud tomada por nuestro diario en la cuestión de imprenta, y por lo que acerca de la reforma constitucional habíamos espuesto antes de discutirla en el Congreso.

Asimismo agradecemos a nuestros queridos amigos del distrito de Selaya, Santander y otros puntos de la misma provincia, sus espontáneos y generosos ofrecimientos de cooperación moral y material para salvar las dificultades pecuniarias que ofrece la nueva ley de imprenta a la publicación de los periódicos políticos. Contamos con recursos bastantes para arrostrar estos inconvenientes y no tenemos necesidad de hacer uso de tan desinteresadas ofertas, que agradecemos, sin embargo, en lo más íntimo de nuestro corazón.

Por lo demás, haríamos una ofensa a las dignas personas a quienes damos este público testimonio de nuestra gratitud, si les dijéramos que El Occidente no abandonará por nada ni por nadie la línea de conducta que ha emprendido, tratándose de cuestiones en que puedan salir lastimados la prerrogativa regia, la integridad del código fundamental y los principios monárquico-liberales que siempre hemos defendido y estamos dispuestos a defender.

Las situaciones políticas no son eternas, y en nuestro país, desgraciadamente, se suceden unas a otras con una rapidez que lastima a cada paso los intereses de la nación. El gabinete actual, puesto en la fatal pendiente en que se ha colocado, creemos, sin desearlo, que no tardará en estrellarse contra el torrente de la opinión.

Si el duque de Valencia, desatendiendo funestos consejos de personas que tanto pueden comprometerle, se sabe detener en el camino de la reacción que recorre tan inconsideradamente; si se acoge a los principios liberales, todavía podríamos prestarle nuestro apoyo, porque nuestra oposición nunca es sistemática: todavía está a tiempo de salvarse del naufragio que tan de cerca le amenaza y de evitar al país los conflictos que en otro caso le aguardan.

Esta es nuestra manera de apreciar las circunstancias con la lealtad y franqueza que siempre han guiado nuestra pluma. El tiempo dirá si nos equivocamos.

C. del Mazo.

Los vivos y continuados debates sobre la ley de imprenta, han tenido un límite en la autorización concedida al gobierno por los cuerpos colegisladores, y sancionada por S. M. Ciertamente este límite ni es eterno ni invariable; div llegar a que vuelva a abrirse el estidio de la discusión, y entonces nosotros añadiremos el óbolo de nuestra inteligencia, como lo hemos hecho hasta aquí, a esa ofrenda general que la prensa de todos los matices ha presentado en aras del principio civilizador por excelencia. Entretanto, acataremos la ley, respetando sus prescripciones y procurando desenvolver nuestras doctrinas, en el estrecho círculo marcado por aquellas. Tampoco combatiremos hoy de frente la reforma constitucional, aunque no se halle todavía bajo la salvaguardia de la sanción regia; pero si examinásemos la posición en que han colocado al ministerio estas dos medidas, tan importantes y trascendentales.

El gabinete ha adoptado una política artificial, que no es la suya, que no le pertenece, y que puede ser muy peligrosa, porque en buena ley y sana lógica, el principio mata al hombre antes que el hombre venza al principio. Los consejeros de la corona, educados en la escuela liberal, y habiéndose distinguido por los esfuerzos verdaderamente dignos, y en ocasiones heroicos, que han desplegado para dar auge y solidez al sistema constitucional, no han podido llevar la mano al ser íntimo de ese sistema, sin rasgar su hoja de servicios, sin cubrir con un velo las páginas más brillantes de su historia, sin ponerse en contradicción consigo mismos. Causamos honda pena y pesar al ver el producirnos en estos términos, porque anhelábamos y anhelamos que nuestro país adquiriera todas las condiciones de una existencia normal, y porque hemos halagado durante mucho tiempo, la esperanza de que el ministerio Narváez era, sino el único, el más idóneo, para realizar tan interesante fin. Cedemos a la presión irresistible de los recuerdos, y al deber supremo de decir la verdad. ¿Cómo habían de invocar los ministros, cual un título de gloria, la oposición firme y enérgica que en nombre de la idea liberal hicieron a la proyectada reforma de 1852, ellos, que han defendido otra reforma calada sobre las mismas bases y derivada de iguales teorías? ¿Cómo han de enorgullecerse con los ataques mortales que desde la cátedra periodística fulminaron contra el gobierno de Espartero, ellos, que se han propuesto embolar las armas ofensivas de la prensa, y despojar de toda su acritud a la emisión del pensamiento? No, eso no es posible; eso es de todo punto im-

posible: han roto con todos sus antecedentes, y su vida política data desde la apertura de las actuales Cortes.

Y de este punto de partida nacen como de genuino origen, los peligros que pueden circular a los individuos del gabinete. Los hombres de corazón y de principios indeclinables, que estuvieron a su lado en los instantes de apuro; los que coadyuvaron a sacar la bandera conservadora de enemigo del huracán revolucionario; los que, fija la vista en el trono constitucional de don Isabel II, trabajaron eficazmente por salvarle del naufragio que le amenazaba; los que sin dar un paso atrás, y sin doblegar la cabeza ante el poder de las circunstancias, permanecieron agrupados en derredor de la Constitución de 1845, esos no pueden ser amigos de la política dominante, porque creen ver en ella la roca Tarpeya de las instituciones representativas. No se lesione el gobierno con el resultado constante de las votaciones en ambas cámaras, porque no tienen en nuestro concepto una significación absoluta e indefectible para el porvenir. Cuando se verificaron las elecciones estaba demasiado cerca el bienio progresista; se trataba de impedir la reproducción de las tristes escenas que habíamos presenciado, y se consideraban las restricciones más fuertes como un mal menor, casi como una necesidad. Aquella era la ley de la reacción natural, lógica, incombustible por el momento.

Por eso hemos dicho que reputábamos entonces posible, quizás útil, la dictadura temporal, pero nunca disposiciones retrógradas con carácter permanente. Y quién asegura que esos mismos representantes de la nación, obedeciendo al espíritu que dominaba en los comicios, han votado con la mejor buena fe y con el más sincero deseo del acierto, leyes restrictivas, no descubrirán después a la siniestra luz de una práctica desgraciada, que han conmovido en sus cimientos el edificio constitucional? ¿Quién podrá aseverar que, sin ser perjuros, ni desleales, ni inconsecuentes, no se arrepentirán de su propia obra?

No sería este ni el primero ni el único caso en la historia parlamentaria de las naciones modernas. Los varones clarísimos que formaban la asamblea constituyente en Francia en 1789, y que hicieron de esta cámara un foco de alta filosofía, cuántas veces se arrepintieron de haber abierto la puerta a innovaciones que parecían aconsejadas por la voz de la conciencia y de la razón! Pero sin recurrir a ejemplos extraños ni distantes, ¿no se ha visto a los diputados españoles, a los mismos que han votado la reforma y la ley de imprenta en la sesión del lunes, acoger con inequívocas muestras de aprobación las palabras liberales que se deslizaban de los labios del señor González Brabo y del señor marqués de Pidal? ¿Qué significa esto? Que el sistema constitucional tiene raíces muy profundas, y que aun aquellos que juzgaban indispensable la reacción, se apresuraron a defenderle cuando el absolutismo llamase a sus puertas a golpes redoblados y preparase sus huestes en aptitud de empuñar el asalto. Significa también que no han querido destruir las fuerzas vivas del gobierno representativo, ni que si la experiencia llega a demostrarles lo contrario, renegarán de sus hechos y volverán la espalda al ministerio que ha tomado la iniciativa.

De cualquier modo es indudable que el gabinete se ha enagado las simpatías de muchos hombres, sinceros amantes del principio constitucional, y no ha logrado grangearse la de los ardientes defensores del principio absolutista. El señor Canga Argüelles se quejaba en la sesión del lunes, de que habiéndose permitido a sus correligionarios la entrada en el municipio, se les hubiera excluido de los comicios electorales. El absolutismo no se satisface con concesiones a medias; partido en extremo concreto y en extremo intransigente, y sin afinidades naturales en nuestra esfera política, no desea ser tolerado, sino ser obedecido; reputa como una especie de usurpación las medidas reaccionarias que se plantan por otro; y será enemigo del gobierno, mientras el gobierno sea gobierno.

Véase, pues, cómo el ministerio, en un día de conflicto supremo, carecía de un apoyo sólido para conjurar la tormenta que le amagaba. Si recurre a los liberales, estos acaso, o más que probablemente contestarán a su demanda de auxilio: «No te reconocemos en el peligro, porque nos desconociste en la prosperidad.» Si vuelve los ojos a los absolutistas, ¿qué hallará en ellos mas que una decepción como recompensa de esa otra decepción de que se han quejado en el Congreso?

Ese sistema de báscula y de contemporización ha sido ya condenado por el acento unánime de todos los partidos políticos. Los grandes golpes de Estado han tenido no pocos apologistas; los han tenido también las mas sangrientas dictaduras revolucionarias; cuando una manga de granaderos, también batiente y fusil al brazo, penetró el 18 de fructidor en la Asamblea francesa; cuando un soldado ignorante arrebató la maza del orador, mientras los miembros del parlamento largo, salían en confuso tropel bajo el látigo de Cromwell, hubo muchos que aplaudieron

tales actos, y la gloria del imperio napoleónico y la prosperidad de Inglaterra vinieron a legitimar aquellas usurpaciones. Nadie, empero, absolutamente nadie ha encomiado la ventaja de las fluctuaciones políticas. Nosotros no deseamos que ocurran en nuestro país acontecimientos análogos; hay mas, no los creemos posibles, porque faltan hombres de la talla de Cromwell y de Bonaparte; mas lo que sí deseamos, lo que reputamos asequible, y mejor que asequible fácil, es una política despejada y franca que no tome prestados sus colores ya a uno ya a otro de los partidos militantes, y que marche enderezada hacia el único puerto donde no puede zozobrar la nave del Estado, en los escollos de la revolución, ni del absolutismo.

El gobierno pretende mostrarse fuerte; debe y necesita serlo; pero ¿cómo ha de imprimir una idea de su fuerza en la opinión pública, si cede alternativamente al influjo de doctrinas opuestas? El secreto de la fuerza en un gobierno, está en la homogeneidad de sus ideas, y el día en que el ministerio olvide por completo esta máxima, firma su sentencia de muerte.

Manuel Fernandez Manrique.

Segun un oficio de la presidencia del Consejo de ministros, que se leyó durante la sesión de ayer, hoy se reúne el Senado para oír una comunicación del gobierno de S. M.

Si nuestras noticias son exactas, esta comunicación tiene por objeto declarar suspendidas las sesiones de ambos cuerpos colegisladores.

Acaso por esto se aprobaron ayer sin discusión en la alta Cámara tres leyes sobre ferrocarriles.

La primera, autorizando para conceder a una empresa la línea férrea de Utrillas al Ebro, quedó aprobada por 65 bolas blancas contra 2 negras. La segunda, dando la misma autorización para abrir un ferrocarril de Gargallo al Ebro, o fué por 65 bolas blancas contra una negra, y a tercera, que tiene el propio objeto, respecto del ferrocarril de Reus a Montblanch, obtuvo 64 bolas blancas y una negra.

También fueron aprobados los artículos desde el 20 al 31 que contiene la ley general de carreteras, sin otra discusión que la que versó sobre una enmienda del señor marqués del Duero al artículo 21, y cuyo objeto era que no se hiciese una sola ley de caminos vecinales, sin estar concluidos todos los provinciales.

El señor general Concha pronunció en apoyo de su enmienda un razonado e interesante discurso por los datos y consideraciones que espuso; pero estando la enmienda en absoluta oposición con el espíritu dominante en la ley de carreteras, cuyo pensamiento explicó con singular claridad el señor Moyano, la comisión no pudo aceptarla, y puesta a votación, quedó desechada por la Cámara.

Las horas de reglamento habían transcurrido, y el presidente levantó la sesión, rogando a los señores senadores asistan a la de hoy para oír la comunicación anunciada, y si hay lugar, entrar en la discusión de los asuntos pendientes.

F. M. Redondo.

No habiendo en Madrid, a juicio de la mesa, suficiente número de diputados para votar leyes, se han suspendido indefinidamente las sesiones del Congreso, bajo la consabida fórmula de *se avisará a domicilio*.

Una hora escasa duró la sesión de ayer. En ella se aprobaron dos dictámenes de la comisión de actas, y fueron admitidos como diputados los señores don Modesto Lafuente y D. Manuel García Barzanallana, el primero por el distrito de Astorga, y el segundo por el de Alicante.

Otro dictamen sobre el acta de Motilla del Palancar, en que la comisión propuso se dieran dos meses de plazo a los electores para justificar los hechos alegados en la protesta presentada, dió lugar a una breve polémica entre el señor Coronado y el presidente de la comisión, señor Posada Herrera.

Puesto a votación, y habiéndose pedido por varios señores diputados que fuese esta nominal, hubo de anularse aquella, por no resultar suficiente número de votantes.

Acto continuo manifestó el señor presidente que quedaban suspendidas las sesiones, segun hemos dicho al principio.

Lo más probable es que, si no ocurre algún suceso extraordinario, las Cortes no volverán a reunirse hasta la época del alumbramiento de S. M.

F. M. Redondo.

El Siglo XIX, periódico que parece fué el órgano más autorizado de Comenfort, inserta un artículo lleno de absurdas apreciaciones y de inexactitudes tales, que no merecen una detenida refutación. Pero uniéndose a las suposiciones más descabelladas, rasgos de una arrogancia inaudita, comienza uno de sus párrafos, con estas palabras: *Los españoles han sido vencidos siempre por los mejicanos.*

Mas que desear, se necesita cinismo para subvertir los acontecimientos históricos, y reemplazarlos con fabulas de malísimo gusto y de una inverosimilitud irrisoria. ¡Los españoles siempre

vencidos por los mejicanos! ¿Cuándo y cómo lo han sido? ¿Se refiere El Siglo a la época en que quinientos soldados españoles derribaron el trono de Motezuma, sostenido por muchos millones de mejicanos? ¿Se refiere a los dos siglos en que el vasto imperio de Méjico estuvo bajo la dominación española? ¿O se refiere, por último, a la guerra de emancipación en que un puñado de nuestros guerreros supo sostener durante muchos años la bandera española, victoriosa y esplendente, contra millares de mejicanos armados e inflamados por el amor de su independencia? Una sola vez fuimos vencidos, pero lo fuimos cuando nuestras discordias intestinas enervaban la energía del poder central; si, una vez fuimos vencidos porque un español desleal, don Agustín Iturbide, sedujo a las tropas españolas y se previó como aleva para descargar el golpe en el momento en que el virrey estaba desprevenido, creyendo asegurada la paz.

Repetiremos que una vez fuimos vencidos completamente, cuando la cobardía o deslealtad de Odonojó vino a csumar la obra iniciada por la mas vil perfidia. Esto es lo que dice la historia, que si no ha leído puede registrar el articulista de El Siglo: los españoles, vencedores de los mejicanos en cien combates, fueron vencidos cuando los mejicanos llamaron en auxilio de sus fuerzas la traición y la alevosía. Que lo tenga muy presente el aventurero Comenfort, porque todavía circula por nuestras venas la sangre de los héroes que conquistaron con asombro del mundo aquel continente, y acaso no esté lejos el día en que logremos acreditarle que las grandes virtudes nacionales no se extinguen en un país como España.

A fin de dar cabida en el número de hoy al discurso pronunciado en la sesión del lunes por el Sr. González Brabo, y la parte que aun nos falta publicar de la ley de imprenta, nos vemos precisados a reducir considerablemente las demás secciones de nuestro diario.

S. M. la Reina, con dolida de la triste situación en que se hallan los pueblos comprendidos en la comarca de la Selva (Gerona), a consecuencia de la pérdida de sus cosechas en estos últimos años, ha destinado 120,000 rs. para emplearlos en obras públicas en la espresada comarca.

El Consejo de guerra que actúa en Sevilla, ha declarado absuelto al Sr. D. Eduardo Asquerino de los cargos que se le inculparon para proceder a su prisión. Por lo tanto es natural que en breve sea puesto en libertad.

Se trata de formar expediente para la indemnización de los daños causados por las flecciones andaluzas. Asi al menos parece haberlo prometido el presidente del Consejo de ministros a varios señores diputados que han reclamado sobre el particular.

Anteayer salió de esta corte para encargarse del gobierno civil de Barcelona, el Sr. D. José de Torres Valderrama.

Desde el domingo han cesado, segun uno de nuestros colegas, las prisiones a que la autoridad juzgó oportuno proceder en algunos días de la pasada semana. También se han suspendido las salidas de cuerdas para el depósito de Leganés.

La Discusión dice tener noticias en contrario.

Continuase mandando refuerzos a nuestro ejército de las Antillas. El 10 del actual se embarcaron con rumbo a la Habana 205 individuos de tropa, a bordo de la fragata Luisa.

A las noticias que ayer dimos acerca de los fusilamientos de Sevilla, podemos añadir algunos pormenores tomados de los periódicos de Madrid.

No el día 9, como equivocadamente hizo decir a la prensa madrileña el Comercio de Cádiz, de donde se tomó la noticia, sino el sábado 11, a las seis y media de la tarde, tuvo lugar en el campo de Marte de Sevilla la ejecución de la sentencia dictada por el consejo de guerra contra el cabecilla Caro y 24 de sus parciales que se habían distinguido en la sublevación. Uno de los reos puestos en capilla se libró de la muerte momentos antes de la ejecución, por haber acreditado con la fe de bautismo que le faltaban dos meses para cumplir los 18 años.

Para llevar a efecto la sentencia, el capitán general dispuso que las tropas ocuparan varios puntos de la ciudad, y de allí a poco Caro y sus parciales dejaron de existir.

Parece que en el momento de la ejecución hubo que lamentar la desgracia de que las balas destinadas a los reos hirieran a dos de tres espectadores imprudentes, que pagaron bien cara su curiosidad. La misma noche salieron de aquella población Lullave con todos los condenados, hijos de Utrera, para ser fusilados en la misma villa. Las ejecuciones hechas en Aralá y otros puntos, han sido de vecinos de los mismos pueblos.

El número de presos llegados a Sevilla, era de 74, y aun se esperaban algunos mas. También eran llevadas ante el consejo de guerra un crecido número de mujeres. Estas en su mayor parte procedían de Aralá, y fueron autoras en unión de otros del pueblo, de los incendios que tuvieron lugar en aquel punto. Segun se afirma, los autores de los incendios han sido tambien vecinos de los mismos pueblos, que, aprovechándose del desorden, han satisfecho de este modo, resentimientos u odios personales.

Creyendo varios señores diputados por las provincias del Mediodía que, a causa de la gran baja que en esta parte de la Península han tenido los trigos, la concurrencia extranjera a que dá lugar la franquicia, es dañosa a nuestra agricultura, acordaron noches pasadas acercarse al señor ministro de Fomento para consultarle sobre el particular. Segun versión de las Hojas, el se-

ñor Moyano hizo observar a los diputados andaluces, que todavía en Madrid se venden los trigos a un precio tan exorbitante, que solo a costa de sacrificios por parte del gobierno, las clases pobres no sufren sus resultados. Pero por si este desnivel reconoce causas que puedan removerse, el ministro ofreció dirigir inmediatamente una circular a todas las provincias a fin de indagar el resultado de las cosechas, y hasta qué punto puede restringirse la franquicia de trigos, reclamada por los representantes de las provincias del Mediodía.

Dice una carta de Lisboa, fecha del 7, publicada por la Correspondencia, que el mal éxito de la tentativa de Andalucía tiene exasperado al comité democrático-socialista compuesto de españoles residentes en aquella plaza, y a cuyo frente se halla D. Sisto Cámara. Unos a otros de sus individuos se culpan de la derrota que han sufrido, y alguno de ellos parece decidido a abandonar el campo. En los días que precedieron a la revolución se vieron llegar continuos viajeros de Marsella y Gibraltar. Un buque llegado a aquel puerto a principios de mes con varios cajones de armas, se creyó que iba fletado para los revolucionarios de Andalucía; pero un escrupuloso registro de sus papeles demostró que las armas iban dirigidas a Angola, en Africa. El gobierno portugués, que hasta ahora ha mostrado ciertos escrúpulos respecto a la vigilancia de los emigrados españoles, desplega en estos momentos una actividad laudable.

Dice anoche La Epoca:

«Con razón dudábamos ayer de la certeza de las noticias relativas a la isla de Cuba y a Méjico, que habia anunciado el telegrafo. Segun datos que tenemos por fidedignos, y que corroboran las Hojas autografadas, es completamente inexacto que una escuadra española se encuentre al frente de Veracruz, y que el general Concha haya pensado en dejar en agosto próximo la isla de Cuba con dirección a España.»

PROYECTO DE LEY DE IMPRENTA.

(Conclusion.)

- Art. 26. Se comete asimismo delito de imprenta:
- 1.º En los escritos que atentan la forma del gobierno establecido.
 - 2.º En los que tienden a coartar el libre ejercicio de las facultades constitucionales del gobierno o de los cuerpos colegisladores.
 - 3.º En los que publican máximas o doctrinas encaminadas a turbar la tranquilidad pública.
 - 4.º En los que incitan a la desobediencia de las leyes y de las autoridades, o con amenazas y dictámenes tratan de coartar la libertad de estas últimas.
 - 5.º En los que tienden a reñajar la fidelidad o disciplina de la fuerza armada de algun modo que no esté previsto en las leyes militares.
- En este último caso el culpable será juzgado por los tribunales que establece la ordenanza del ejército.
- Art. 27. Se cometen tambien:
- 1.º En todo escrito que hace la apología de acciones calificadas de criminales por las leyes.
 - 2.º En el que escita de cualquiera manera a cometerlas.
 - 3.º En el que trata de hacer ilusorias las penas con que las leyes las castigan, anunciando o promoviendo sueriores para satisfacer las multas, costas y resarcimientos impuestos por sentencia judicial.
 - 4.º En el que propaga doctrinas contra la organización de la familia o contra el derecho de propiedad, escitando de cualquiera manera en este sentido.
 - 5.º En el que con amenazas o dictámenes trata de coartar la libertad de los jueces y funcionarios públicos encargados de perseguir y castigar los delitos.
 - 6.º En el que ataca, ofende o ridiculiza a clases de la sociedad o a corporaciones reconocidas por las leyes.
- Art. 28. Comete tambien delito de imprenta el que publica escritos que ofendan a la decencia y buenas costumbres:
- Art. 29. Asimismo comete delito de imprenta:
- 1.º El que publica hechos calumniosos o injuriosos contra las personas y cuerpos que ejercen cargo, empleo o funciones públicas.
 - 2.º El que supone malas intenciones en los actos oficiales.
 - 3.º El que sin autorización previa publica conversaciones reservadas o particulares, o correspondencia privada habida con alguna de las espresadas personas.
- Art. 30. Comete delito de imprenta:
- 1.º El que calumnia, injuria o ridiculiza a los monarcas o jefes supremos o a los poderes constituidos de cualquiera naturaleza que no esté en guerra con España.
 - 2.º El que calumnia, injuria o ridiculiza a los representantes de las mismas naciones.
- Art. 31. Se considera como acto de injuria:
- 1.º El dar a luz sin asentimiento del interesado hechos relativos a la vida privada, aunque se disfracen con metáforas o alegorías.
 - 2.º El publicar sin el mismo consentimiento correspondencia, cartas, papeles o conversaciones que hayan mediado entre particulares.
- La mera publicación de lo que se menciona en los dos anteriores párrafos constituye un delito que se perseguirá ante los tribunales ordinarios, y será penado en la forma que el Código señala para los de injuria.
- Art. 32. No se comete injuria ni calumnia:
- 1.º Publicando o ensayando en algun impreso la conducta oficial o los actos de algun funcionario público con relacion a su cargo.
 - 2.º Revelando o denunciando alguna conspiración contra el rey o el Estado, u otro atentado contra el orden público.
- Mas en uno y otro caso los responsables del impreso estarán obligados a probar la certeza de los hechos que denuncian, bajo la responsabilidad de calumnia.
- TITULO IV.
DE LAS PENAS.
- Art. 33. Los delitos de imprenta comprendidos en los artículos 24 y 25 de esta ley serán castigados con la multa de 12,000 a 60,000 rs.
- Art. 34. Los delitos a que se refieren los arts. 26 y 27 serán castigados con la multa de 10,000 a 50,000 reales.
- Art. 35. Los delitos de que trata el art. 23 serán castigados con la multa de 5,000 a 25,000 rs.
- Art. 36. Los delitos a que se refieren los arts. 29 y 30 serán castigados con la multa de 1,000 a 20,000 reales.
- TITULO V.
Delos tribunales competentes para conocer de los delitos de imprenta.
- Art. 37. Un tribunal de jueces de primera instancia, organizado con arreglo a lo que se dispone en el artículo siguiente, conocerá de todos los delitos de imprenta.

Art. 38. El tribunal de imprenta se compondrá de un magistrado, y de cinco jueces de primera instancia de la capital donde se hubiere de reunir. Si fueren menos de cinco los juzgados, se compondrá del mismo magistrado, presidente, y de tres jueces. Si tampoco los hubiere en dicha capital, vendrán los que faltaren de los partidos judiciales más inmediatos.

Art. 39. Este tribunal no podrá constituirse sino en las capitales donde haya audiencia, y conocerá de todas las causas de imprenta del territorio de la misma.

Art. 40. Presidirá el tribunal un magistrado de la audiencia del territorio por turno riguroso, empezando por el más antiguo. El regente y los presidentes de sala no entrarán en turno para este servicio.

Art. 41. Los jueces serán reemplazados en caso de ausencia, enfermedad o legítimo impedimento, por los de los partidos más próximos, y el presidente por el magistrado que esté en turno.

Art. 42. El tribunal se reunirá para el único y exclusivo objeto de ver y fallar la causa, hecho lo cual quedará disuelto.

Art. 43. El presidente y los jueces podrán ser recusados por las mismas causas y en la misma forma que los magistrados de las audiencias con arreglo al derecho común.

Art. 44. El escrito de recusación se presentará al regente dentro de los dos días siguientes á aquel en que se haya hecho saber á las partes los nombres de los jueces.

Art. 45. Presentada la recusación llamará el regente las actuaciones á la vista, y la audiencia plena decidirá en el término de tres días, si no hubiere necesidad de prueba, o en el de diez si fuere necesaria alguna diligencia de esta clase.

Art. 46. En el caso de deberse imponer alguna multa al recurrente con arreglo á las leyes comunes, no podrá nunca exceder de 3,000 rs., además de las costas, ni bajar de 1,000.

Art. 47. No hay fuero alguno privilegiado en las causas por delitos de imprenta; pero los militares que dedican por medio de esta quedan sujetos á la ordenanza del ejército.

TÍTULO VI.

DE LOS FISCALES.

Art. 48. En Madrid habrá un fiscal de imprenta nombrado por el ministerio de la Gobernación. El nombramiento deberá recaer en un letrado.

Art. 49. El fiscal de imprenta de Madrid gozará del mismo sueldo, honores y prerrogativas que los fiscales de audiencia fuera de la corte.

Art. 50. En las capitales de provincia será fiscal de imprenta el promotor fiscal del juzgado; y donde hubiere más de uno, el que designe el gobernador. Como fiscal de imprenta, el promotor dependerá del ministerio de la Gobernación; se entenderá con el gobernador, y ejercerá en su caso las funciones que por esta ley se asignan al fiscal de Madrid.

Art. 51. El gobierno, en las capitales de provincia donde fuere necesario, podrá nombrar un fiscal especial de imprenta.

Art. 52. El fiscal de imprenta es parte legítima para ejercitar todas las acciones por delitos de la prensa.

Art. 53. Las demás funciones de los fiscales se determinarán por el gobierno, según las circunstancias locales y las necesidades del servicio.

TÍTULO VII.

DEL ENCUADRICAMIENTOS.

Art. 54. La acción para perseguir ante los tribunales los delitos de imprenta prescribe: para los impresos que no pasan de 20 pliegos del tamaño del papel sellado, por el término de un mes, y para los que pasen, por el de tres meses.

Art. 55. La reimpression de un escrito abusivo sujeta al responsable de ella á la propia causa que se sigue en contra del delincuente primordial; pero debiendo hacerse en estas últimas calificaciones y declaraciones como sean los procedimientos.

Art. 56. Las denuncias sobre los delitos de que debe conocer el tribunal de imprenta se establecerán y sustanciarán ante un juez de primera instancia de la capital de la provincia donde esté impreso el escrito, y contendrá las circunstancias siguientes:

1.º La clase, nombre y distintivo especial del impreso denunciado.

2.º La naturaleza del delito, citando el artículo, párrafo ó fracción del impreso que la constituyen y el artículo de la ley en que se halle comprendido.

3.º La pena a que se considere acreedor con arreglo á la ley, citando igualmente el artículo de ella aplicable al caso.

Art. 57. Admitida la denuncia en término de 24 horas, se procederá á averiguar la persona responsable del impreso en el caso de no ser éste periódico.

Art. 58. Para la averiguación de que trata el artículo precedente, se requerirá al impresor para que ponga de manifiesto el original manuscrito que ha de servir de resguardo, y declare quiénes son su autor ó traductor, y su editor.

La persona responsable del impreso, con arreglo al artículo 2.º, reconocerá su firma ó confesará el hecho que constituye su responsabilidad, procediéndose en caso contrario con arreglo á las leyes comunes.

Art. 59. Concluido el sumario, el juez instructor remitirá las actuaciones al regente de la audiencia, citando y emplazando á las partes para ante el tribunal.

El regente pasará las diligencias al magistrado á quien toque por turno ser presidente, el cual mandará comunicar á las partes las listas de los jueces que deben componer el tribunal.

Art. 60. Transcurrido el término prefijado en el artículo 14, y terminado el incidente de recusación, el presidente señalará día para la vista, citando con 48 horas de anticipación por lo menos.

Art. 61. Constituido el tribunal, se procederá á la vista del proceso, que será siempre pública, á menos que aquel decida, á petición de alguna de las partes, que se verifique á puerta cerrada por conveniente así á la moral y á la decencia.

Art. 62. En la vista se procederá del modo siguiente: El escribano hará relación de las actuaciones leyendo á la letra la denuncia, el impreso, los artículos de esta ley que fijan la calidad de la denuncia, y todo aquello que las partes exijan que se refiera á la letra, acabada la relación y el examen y recusación de los testigos, en su caso, el presidente y cualquiera de los jueces, ó bien las partes ó sus defensores, podrán hacer las preguntas que juzguen oportunas. Acto continuo hablará el fiscal ó el denunciador ó otra persona en su nombre, sea ó no letrado, y contestará el denunciado ó su defensor en los mismos términos, permitiéndole á cada uno hacer después las aclaraciones ó rectificaciones de hechos que juzgue necesarias. El presidente pondrá fin al acto pronunciando la palabra *visto*, y mandando desahogar.

Los discursos que se pronuncien en este acto no podrán publicarse por medio ni bajo forma alguna.

Art. 63. El tribunal en segunda, ó á lo más en el día inmediato, si así lo acordare ó lo dispusiere el presidente, pronunciará su fallo con arreglo á esta ley de culpable ó no culpable, declarando en el primer caso la pena que deba imponerse al acusado.

Art. 64. El juez instructor ante quien se presentó la denuncia, podrá asistir sin voto al tribunal para exponer y esclarecer los hechos.

Art. 65. Para la extinción de culpable se necesitan las dos terceras partes de votos. Si hubiere empate, se declarará absoluto el denunciado.

Art. 66. En la imposición de la pena, cuando haya lugar á ella, se estará igualmente á lo que determine la mayoría; mas si esta no existiera, prevalecerá el voto más favorable al mismo denunciado.

Art. 67. El fallo se extenderá por uno de los jueces, se firmará por todos, y se autorizará por el escribano que hubiere asistido al juicio.

Este funcionario será el mismo que haya actuado en la denuncia, si reside en la capital de la audiencia, y en otro caso, el que al efecto nombre el presidente.

Art. 68. Inmediatamente quedará disuelto el tribunal, y el presidente pasará las actuaciones al juez instructor para la ejecución de la sentencia.

Art. 69. Cualquiera que sea el fallo, no habrá apelación de él, ni otro recurso que el de nulidad por inacción de ley en la sustanciación del proceso ó en la imposición de la pena.

Art. 70. Este recurso se ha de interponer ante el mismo magistrado presidente, en el término de cinco

días, y para el tribunal supremo de justicia, acreditando haber depositado en la caja general de depósitos, ó en sus sucursales, la cantidad de 6,000 rs.; y si fuese menor la multa impuesta, otro tanto de ella.

Art. 71. Interpuesto el recurso en tiempo y forma el magistrado remitirá los autos al tribunal supremo con citación y emplazamiento de las partes.

Art. 72. El tribunal mandará comunicar los autos para instrucción por el término de tres días al defensor del recurrente y al fiscal.

Art. 73. Verificada la vista, se fallará con au o motivado sobre la procedencia ó no procedencia del recurso.

Art. 74. En los asuntos que pasen por recurso de casación al tribunal supremo de justicia, entenderá la sala primera del mismo.

Art. 75. Cuando se declare la casación por violación de las formas, se devolverá el auto al juez instructor para que se subsanen los defectos, y se procederá á nueva vista por el tribunal ante el cual se verificó la primera.

Art. 76. Cuando se declare la casación por violación de la ley en la aplicación de la pena, pasará el auto para que decida en el fondo, á la sala segunda del tribunal supremo, concurriendo de la tercera los ministros precisos hasta completar el número de nueve.

Art. 77. Ninguna de las salas, en sus casos respectivos, decidirá los recursos que á ella pasen sin oír previamente al fiscal.

Art. 78. La de casación que desestime la casación pedida por el denunciado, lleva consigo la imposición de costas y la pérdida del depósito hecho para intentar el recurso.

Art. 79. Las multas y las costas del proceso, cuando recaigan en periódicos políticos ó religiosos, se tomarán del depósito. A este efecto el gobernador oñará al director de la caja de depósitos, ó á sus comisionados si fuere en provincia, y percibirá el importe de la multa anotado en el recibo y poniéndolo, acto continuo, en conocimiento del editor.

Art. 80. Si á los tres días de cobrada la multa no se hubiere completado el depósito, se suspenderá el periódico hasta que se verifique.

Se suspenderá también cuando el editor fuere preso ó detenido, hasta que se hubiere otro nuevo.

Art. 81. Siempre que un impreso sea condenado ó nulado, se inutilizarán los ejemplares que á ello hubiesen dado motivo.

Se devolvió á la persona responsable el impreso recogido que hubiere sido abusivo por el tribunal.

Art. 82. En todo lo que no esté previsto en esta ley se atenderán los tribunales á lo prevenido en el Código para los juicios ordinarios.

TÍTULO VIII.

DE LAS LITOGRAFÍAS, GRABADOS Y CARTELES.

Art. 83. Ningún dibujo, grabado, litografía, estampa, medalla ó emblema, de cualquier clase y especie que sea, podrá publicarse, venderse ni exponerse al público sin la previa autorización del gobernador de la provincia.

Lo mismo sucederá respecto á las viñetas que se hayan de estampar en el cuerpo de un periódico ó de otro impreso cual quiera.

Art. 84. Ningún cartel manuscrito, impreso, litografiado, ó bajo cualquiera otra forma que fuere, podrá fijarse en los parajes públicos sin previo permiso del gobernador de la provincia; ó de la autoridad local donde el gobernador no residiera.

Art. 85. Los escritos, grabados y los litografiados quedan sujetos á las disposiciones establecidas en esta ley para los impresos.

TÍTULO IX.

DE LAS FALTAS Y DE LA INTERVENCIÓN DE LA AUTORIDAD GOBERNATIVA.

Art. 86. La reimpression de un artículo ó impreso denunciado, no habiendo recaído sentencia absolutoria, será castigada con la multa de 1,000 á 4,000 rs., sin perjuicio de lo que se prescribe en el art. 55.

Art. 87. La reimpression de un artículo ó impreso condenado sujeta al responsable de ella, sin nuevo juicio ni calificación, á la multa que por aquel se hubiere impuesto.

Art. 88. La calificación maliciosa de impresos condenados será castigada con una multa igual al tercio de la que se hubiere impuesto á los mismos impresos.

Art. 89. El impreso que no poseiese su nombre y apellido, residencia, y año en algún impreso, será multado por cada vez con 200 á 1,000 rs.

Art. 90. La empresa de todo periódico político ó religioso que comenzare á publicarse sin editor debidamente autorizado, ó que siquiere publicándose estando el editor preso ó teniendo el depósito incompleto, será castigada con la multa de 500 á 2,000 rs., sin perjuicio de las penas á que pudiere haber lugar por delitos de otras clases.

Art. 91. El impreso que imprimiere un periódico sin editor, ó sin poner al pie el nombre y apellido de éste, incurrirá en la multa de 200 á 1,000 rs. En igual multa incurrirá el editor del periódico en que se publique un artículo sin firma.

Art. 92. El editor de un periódico que deje de cumplir con cualquiera de las prevenciones establecidas en los artículos 20, 21 y 22, sufrirá una multa de 1,000 á 4,000 rs. según la gravedad del caso.

Art. 93. El editor ó impresor que infrinja el artículo 3.º, será castigado con una multa de 500 á 2,000 reales.

Art. 94. El que imprima ó publique los discursos que se pronuncien en la vista de las causas sobre imprenta, sufrirá la multa de 1,000 á 4,000 rs. sin perjuicio de las acciones á que hubiere lugar, y de embargar ó recoger el impreso.

Art. 95. Los que contravengan á lo dispuesto en el art. 83 pagarán una multa de 500 á 2,000 rs., y la pérdida de los objetos que causaren esta determinación.

Art. 96. La fijación de todo cartel sin el permiso competente se castigará con la multa de 200 á 1,000 reales, sin perjuicio de las acciones á que hubiere lugar según los casos.

Art. 97. Las obras comprendidas en el art. 6.º se embargarán ó delectarán, y los responsables sufrarán además una multa de 1,000 á 4,000 rs., sin perjuicio de las demás penas á que hubiere lugar por el contenido de las mismas obras ó escritos.

El interesado podrá acudir al ministro de la Gobernación, el cual decidirá después de oír al Consejo real.

Art. 98. Las multas de que hablan los artículos anteriores de este título serán impuestas por el gobernador de la provincia, y donde este no residiera por la autoridad local.

Art. 99. El gobernador podrá imponer multas que no excedan de 1,000 rs.

1.º Cuando se falle á la decencia y á las buenas costumbres.

2.º Cuando se publiquen hechos relativos á la vida privada, si de ellos resultare escándalo ó alguna alusión maliciosa, ó si la publicación fuere causa de algún contratiempo ó disgusto en la familia á que la noticia se refiera.

Cuando se publique, ya explícita, ya emboscadamente, la noticia de estarse concertando ó de haberse verificado un duelo.

Contra la imposición de estas multas podrán reclamar los interesados á la superioridad por el ministerio de la Gobernación.

TÍTULO X.

DISPOSICIONES GENERALES.

Art. 100. Las disposiciones de esta ley no serán aplicables á los escritos oficiales de las autoridades constituidas, los cuales estarán sujetos á las que tratan de responsabilidad de los empleados de la prensa.

Tampoco lo serán á la publicación de la *Gaceta de Madrid*, ni á la de cualquiera otros documentos oficiales que el gobierno ó las autoridades hicieren.

Art. 101. Se prohíbe abrir suscripciones públicas para pagar las multas impuestas por el tribunal de imprenta, el que lo hiciere será multado por el gobernador en la cantidad de 1,000 rs. sin perjuicio de las demás acciones que procedan.

Art. 102. En el caso de que el responsable de una multa sea insolvente, sufrirá la prisión por el tiempo que correspondiera, según lo establecido en el código penal.

Art. 103. Las composiciones dramáticas, impresas ó manuscritas, no podrán representarse en los teatros

sin permiso de la autoridad. Del mismo requisito necesitará para su circulación las novelas.

Art. 104. Quedan derogadas todas las disposiciones anteriores á esta ley, relativas al ejercicio del derecho de imprenta.

Madrid 13 de julio de 1857.—El ministro de la Gobernación, Cándido Nocedal.

DOCUMENTO PARLAMENTARIO.

Discurso pronunciado por el Sr. D. Luis González Brabo en la sesión del Congreso del día 15 del presente mes.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: No sé, señores diputados, si me alcanzarán las fuerzas para contestar al discurso del Sr. Canga Argüelles. He tenido que levantarme de la cama, en donde estaba algo indisputado, quizás seriamente indisputado, para venir á esta sesión. No voy por lo tanto preparado de ninguna manera para tomar parte en el debate.

Por el Sr. Canga Argüelles, y antes que este mi amigo el Sr. Borrego, me han puesto en el caso de pedir la palabra. Si en todas ocasiones he necesitado la indulgencia del Congreso, hoy más que nunca me encuentro en la necesidad de pedirla, y esperando de obtenerla.

Dejaré para el curso de lo que pienso decir el contestar (creo que satisfactoriamente y de una manera que convenza al Sr. Borrego) á las indicaciones que ha hecho pocos momentos hace. Voy á ocuparme muy especialmente del singular caso que acaba de oír el Congreso y que ha pronunciado el Sr. Canga Argüelles.

El señor presidente concederá que para contestar á ese discurso va á ser necesario que hable lo mismo que el Sr. Canga Argüelles; de lo cual, según los esfuerzos hechos por el señor presidente, no ha debido hablar, tratándose, como se trata, de un artículo del proyecto de reforma, que ninguna relación tiene con cuanto se ha espuesto. Pero como S. S. lo ha dicho, dicho se está, y como se ha dicho, es preciso que sea contestado. Espero por lo tanto que el señor presidente me permitirá la contestación, como ha permitido hasta cierto punto al ataque.

Lo primero que se me ocurre contestar al Sr. Canga Argüelles es á la calificación que ha hecho de esta cámara, llamándola cátedra de sofistas. Si es cátedra de sofistas, ¿cómo es que la ocupa S. S.? Desde la cátedra de los sofistas ha estado hablando; y permítaseme decir desde la cátedra de los sofistas ha estado con el sofismo.

Si esta cámara es cátedra de sofismo; si esta cámara es la escuela de los sofistas; si tan profunda es la fe de S. S.; si tan arraigado está en sus principios, ¿por qué acepta esta cátedra? ¿Por qué viene á hablar en ella? ¿Por qué hace esta ruido? (El Sr. Canga Argüelles pide la palabra.) ¿Y qué ruido, señores? Yo contestaré á todo lo indicado por el Sr. Canga Argüelles; yo le pondré todo en limpio; y pues que S. S. viene con preguntas ó interpretaciones, yo también haré al paso á S. S. preguntas ó interpretaciones, á las cuales estoy seguro que no podrá contestar.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Estoy dispuesto á contestar á todas las preguntas que se me hagan.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: Contestará S. S. después.

Al cabo se ha levantado la voz en este sitio, al cabo se ha alzado la voz, y es preciso llamarla como debe llamarse, el grito del principio absolutista. Ese es el principio; esa es la idea; ese es el tema de S. S., disfrazado con toda esa balumba de leyes fundamentales, de aspiraciones católicas y monárquicas, y no sé cuántas frases, que todas ellas pueden reducirse á la idea de la monarquía absoluta.

Aceptado está el combate; venga esa idea; examinémosla con la historia en la mano, y vamos á ver si en el período que lleva España de gobierno representativo, con todas sus perturbaciones y con todos sus vicios, si no ha adelantado mucho más que en esos siglos que el Sr. Canga Argüelles enumera de gobiernos absolutos. Evaguemos sombras; traigamos nombres; traigamos aquí períodos de la historia á la memoria, y vamos á ver cuándo la España ha sido más fuerte: si en los tiempos en que la guarda de Carlos II pedía limosna en la calle de Atocha, ó si en estos tiempos en que 93,000 hombres se hallan dispuestos siempre á sostener las instituciones monárquicas y las libertades adquiridas á costa de muchísima sangre y muchísimos esfuerzos.

Por el Sr. Canga Argüelles ha calificado la conducta del partido moderado como la conducta de un partido dogmático y S. S., creyendo que ponía con su inteligencia una pica en Flandes, nos decía: éste es el partido que no afirma, pero tampoco niega; lo que hace es distinguir. ¿Y yo pregunto á S. S.: ¿qué ha hecho la humanidad desde la erección del mundo, siempre que tiene el poder de negar? ¿Qué han hecho los Santos Padres y que se suena á decir tan verosímil, que que distinguiendo y discutir concilio sobre concilio, uno tras otro hasta el de Trento? No ha hecho más que distinguir y discutir, y establecer esas formas de gobierno parlamentario que tanto ofuscan á su señoría y á sus partidarios.

Suprimid la discusión y habéis suprimido la Iglesia. Bredad la palabra de los primeros tiempos de la Iglesia, y vereis lo que queda. ¿Qué queda? Lo que queda es lo que desean los escritores de aquel tiempo; una turba de revolucionarios que así se llamaba entonces á los cristianos.

Los partidos medios como el partido moderado, están espuestos todos los días á esta especie de contiendas. Un día es la izquierda que se levanta á nombre del principio de libertad, y exigiendo más y más cada día invocando el progreso, ataca al partido medio por tiránico. Otro día se levantan los partidarios del antiguo régimen, y nos atacan por revolucionarios, y en los dos tiempos la sociedad viene siendo regida por los partidos medios, porque en ellos está la medida con la cual puede dirigirse á las naciones en tiempos tranquilos y normales, siendo para los partidos revolucionarios y reaccionarios, las épocas de tempestad y de borrascas.

Por el Sr. Canga Argüelles ha dicho que no hay más que dos banderas; la de Jesús, con la cual si dice se considera S. S. identificado, la de Barrabás, de la cual nosotros, según S. S., tenemos la desgracia de ser partidarios. Si Barrabás es el origen de todo mal, ¿cuántos y cuántos males no se han perpetrado con el nombre de la bandera de S. S. es partidario? Pero ya que S. S. nos llama á este terreno, ¿quiere que al lado del cuadro de incoherencias, que yo soy el primero en condenar como todo acto de violencia y de tiranía, quiere que al lado de esos incendios y crímenes revolucionarios, ponga el cuadro de la sangre derramada en todas épocas en que se ha tiranizado á los pueblos; le haga la pintura de los desórdenes que se han cometido en nombre de su bandera? Consulte S. S. la historia, y no sirva que nos diga, como en otra ocasión se le diré á S. S. que se sirva decirnos la historia verdadera. Entre tanto yo me atrevo á la historia oficial, y con esa historia que conocen todos, con esa historia le respondo á lo que ha dicho de la bandera de Jesús y de Barrabás. Lo cierto es que hay en todas partes la bandera de Jesús y que la bandera de Barrabás en todas partes está. Pero, señores, de esa bandera de Jesús, del catolicismo, se está haciendo una bandera de partido; del catolicismo, de los sentimientos religiosos, se está haciendo una idea de partido, y yo me levanto contra eso, y digo que es un sacrilegio. (Muestras de aprobación.)

Eso ofende á toda la nación española. Pues qué, ¿no hay más católicos que los que se llaman á sí mismos monárquicos puros? ¿No hay republicanos donde se profesa la religión católica? ¿No hay católicos republicanos y monárquicos-constitucionales? Pues qué, ¿el catolicismo está vinculado á solo una forma dada de gobierno? Pues qué, ¿no ha brillado siempre por la inmensa actualidad con que se ha prestado en todos tiempos y países á las diferentes formas con que la política de los hombres ha representado el gobierno de las sociedades? Cese pues esa enunciacón de que el catolicismo es solo la bandera de las opiniones monárquicas.

Cese, cese de llamarse católicos unos y dejar á los otros con no sé qué calificación. ¿Cuál es la que nos compete y se nos debe aplicar? ¿Va S. S. á misa, profesa la religión católica, cumple con los deberes que esta impone, mas y mejor que cualquiera de los que se sientan aquí, ya perteneciendo al partido moderado, al conservador, al progresista, ó de cualquiera otra especie? ¿O es que se pretende hacer de la organización eclesiástica una base ó un sistema para la dominación y para el poder? Si es eso, dígame francamente, dígame con toda verdad. Bueno es que discutamos sobre las mas ó menos atribuciones que deba tener el monarca; bueno es que discutamos sobre el grado mayor ó menor de libertad que debe tener la prensa, bueno es que discutamos hasta sobre los grados en que se pueda seguir el contenido de la revolución en su esencia filosófica. Bueno es que de todo esto discutamos; pero dejemos á los sentimientos religiosos y de conciencia, á los sentimientos religiosos, en paz; dejémoslos en su templo que los tienen levantados en los corazones verdaderamente cristianos, y no rebajemos estos sentimientos haciéndolos instrumentos de nuestros ambiciosos personales y políticos. Aquí no hay partidarios católicos; aquí no hay más que una nación católica, y esta nación católica quiere la libertad de pensar sobre su gobierno, sobre la forma que debe apropiarse á la dirección de sus negocios, sobre los derechos de los ciudadanos, y sobre una forma de cosas sobre las cuales siempre han pensado los hombres como les ha acomodado.

Y puesto que de trono y de monarquía se habla, ¿con qué derecho se nos viene á decir por su señoría, que es el solo representante de las aspiraciones monárquicas? ¿De qué monarca, señores? ¿Levántese su señoría y diga: ¿cuál es su monarca? Doña Isabel II es monarca, y monarca constitucional, con condición de serlo, porque así lo han querido los acontecimientos de la historia contemporánea, y así lo ha cimentado la sangre de mil y mil héroes en los campos de batalla. ¿Y cuál es el monarca de S. S.? Pues yo, que estoy dispuesto á decirlo todo, se lo diré. El monarca del Sr. Canga Argüelles, es un principio proscrito.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Protesto contra esas palabras.

Varios señores diputados: Eso, esa es la verdad.

El Sr. COELLO: Eso es llamar á la revolución. (Grande agitación. Muchos señores diputados piden la palabra.)

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Estoy solo; protesto contra esas palabras, y pido que se escriban.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: Escribanse enhorabuena; yo las sostengo aquí y demostraré la exactitud de lo que he dicho.

El Sr. REINA: Que se mantenga en el uso de la palabra al orador, porque aquí parece que los que menos han hecho por la libertad, se empeñan en sofocar su voz.

El Sr. CUADRILLERO: Aquí se quieren atribuir opiniones que no se han manifestado.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Fernández Maquieira): Orden, señores, orden.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: He dicho, señores, que sostengo y sostendré en todas partes lo que he dicho, sin que haya nada que me arredre, como no me ha arredrado nunca, en el cumplimiento de mi deber. He dicho que el monarca de su señoría, es un principio proscrito. (Muestras de aprobación. Grande agitación que interrumpe al orador.)

El Sr. REINA: Señor presidente, estoy en el caso de pedir se observe el reglamento.

El señor VICEPRESIDENTE (Fernández Maquieira): Ruego á V. S. que ceda el debate, pues V. S. mismo es bueno de eso.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Señor presidente, son gravísimas las palabras que me ha dirigido el Sr. González Brabo, y que cumple recalcarlas. Yo no reconozco otro monarca que doña Isabel II, y la sostengo con las ideas que yo defiendo, y no es justo se me atribuyan intenciones que no tengo.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: Yo proberé esas opiniones con la fuerza de la razón y de una manera que nadie tenga que decir que no.

El señor VICEPRESIDENTE (Fernández Maquieira): Sin embargo, ruego á V. S. se contraiga en lo posible á la cuestión.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: Aquí se han vertido proposiciones á las cuales es preciso contestar, y no se puede contestar con analíticas. Yo estoy contestando; analizando el espíritu y las tendencias que pueden tener esas proposiciones. Si los que han vertido se sienten heridos por la contestación, que tengan paciencia, como yo la he tenido para escucharlas. Que aguarden su hora, que hay hora para todos; que esperen á cuando les toque, pues á todos les toca su turno: si son impacientes y se irritan, que aprendan á moderarse, pues para eso son católicos. (Muestras de aprobación.)

El Sr. VICEPRESIDENTE (Fernández Maquieira): Orden, orden, señores diputados.

El Sr. GONZÁLEZ BRABO: Si, señores, he dicho al Congreso, y repito con la misma creencia que lo he dicho, que los partidarios del régimen absoluto no pueden ser más que del principio proscrito, y lo voy á probar.

Desde el momento en que por muerte de Fernando VII, y mucho antes podría yo citar aquellos períodos de la historia; pero lo tomo desde el momento en que por muerte de Fernando VII fue llamada á reinar Isabel II, sucedió que los absolutistas se fueron al campo de D. Carlos, y los amigos de la monarquía constitucional se colocaron al lado de la Reina; y la legitimidad, encontrándose por defensores á los partidarios del sistema constitucional; y estos partidarios para ser sus defensores, no pidieron á la Reina nada, absolutamente nada; se lanzaron á los campos de batalla, combuyeron las armas, y pelearon uno y otro año, y uno y otro combate; y de la lucha de ideas y de principios en el campo de batalla surgió la convicción en el ánimo de nuestra Reina, en el ánimo de los que á su nombre gobernaban entonces, que no había cien mil años más sólidos, que no había fundamento más verdadero, y que no había nada que pudiera robustecer tanto los derechos de legitimidad, como los principios del gobierno representativo, como condición de vida para esa misma legitimidad. Desde entonces, cuando los hombres del partido monárquico-constitucional, ora sean de las ideas más avanzadas como los progresistas que se sientan en esos bancos, ora tengan ideas más atrasadas, han separado estas dos causas? ¿Cuándo las han separado? Nunca. Ha sido menester que el país pase por las revoluciones, por los desbordamientos y los crímenes cometidos á ellos, para que viniere aquí á levantarse una bandera sostenida por una entidad política; para que se levantara lo que se llama hoy partido absolutista. Pues bien, señores; puesto que ya hay esa bandera y tiene su apóstol en este sitio, yo voy á manifestar lo que es ese partido absolutista.

Ese partido absolutista suprime eso que se llama parlamentarismo constitucional; eso que, según dice el Sr. Canga Argüelles, lleva á las soluciones socialistas. ¿Concebís, señores diputados, la monarquía absoluta, el trono absoluto, ocupado por D. Isabel II, privándose de repente de todos los derechos de soberanía constitucional, de la representación de la nación, que esa misma que la sostienen todavía á costa de inmensos sacrificios? ¿Lo concebís, señores diputados, que el trono de Isabel II, rodeado siempre de todos los partidarios del sistema representativo, enfuera que sea el partido á que perteneciera, concebís que el trono de Doña Isabel II, rodeado ahora y siempre de estos elementos; concebís, señores diputados, que ese trono pueda ser sostenido por los que defienden la libertad del principio proscrito? ¿Concebís el trono bajo la bandera de ese principio ejerciendo toda la revolución del trono? Pues esto solo se concibe con una revolución dinástica; solo se concibe con un salto tras dinástico; por esto he dicho

